

## SERMON

### DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

NO BUSCÓ NI PRETENDIÓ SU GLORIA, SINO LA DE JESUCRISTO.

*Habeo igitur gloriam in Christo Jesu ad Deum.*

Todos mis trabajos y mis obras las refiero á Dios por Jesucristo.

*S. Pablo á los romanos, c. 15. v. 17.*

Preciso es que á pesar de mi limitada capacidad os hable hoy del esclarecido san Ignacio de Loyola; de este prodigio de su siglo, de este blanco de la contradiccion de todos tiempos, de este hombre admirable buscado con ansia por los grandes y poderosos del mundo, y perseguido, acusado, encarcelado como sospechoso y como hereje por los que estaban encargados de procurar y sostener la pureza de la fe: de este hombre que aun en nuestros dias es el objeto de las alabanzas y bendiciones de unos, y contra quien se vomitan las mas repugnantes imposturas y calumnias por otros; de este santo cuyo espíritu vive en sus hijos y unas veces son buscados con ansia por los pueblos y naciones como útiles y provechosos; y otras repelidos con ignominia y violencia como peligrosos, perjudiciales y trastornadores.

No intento ocuparme en refutar tantas injurias y poner de manifiesto la mala fe, la falsedad y la malicia de los que en todos tiempos y mucho mas en nuestro siglo, han desenfrenado sus lenguas y manchado sus pestilenciales escritos con declamaciones alarmantes contra el recomendable fundador de la Compañía de Jesus... ¿Qué digo, hermanos míos? Refutadas y reducidas al polvo quedan todas, si segun el plan á que me he

propuesto reducir su elogio os manifiesto: que en esos hechos admirables que forman el tejido de su vida; en esas conversiones tan célebres y ruidosas; en ese plan tan combinado para conservar y extender por todo el mundo la religion de Jesucristo; en ese esmero tan exquisito en apoderarse de la educacion de la juventud y de enjugar las lágrimas de todo género de necesitados; que en todas sus obras y empresas despues de su sincera conversion no tuvo otro fin, ni se propuso otro objeto que la mayor gloria de Dios y honor de Jesucristo, que no buscó ni pretendió sus intereses ni su gloria, sino los de Jesucristo; que puede muy bien decir como san Pablo: *Habeo igitur gloriam in Christo Jesu ad Deum.*

¿Qué mas es necesario para que el mundo todo conozca el mérito de nuestro santo patrono y la malignidad de sus calumniadores? Á la verdad, si sus trabajos hubieran sido dirigidos por la política y prudencia terrena; si en ellos se hubieran ocultado planes y miras de una ambicion mundana; si se hubiese propuesto su interes ó su propia gloria, el mundo ensalzaria su sagacidad y sus talentos, pero nada tendria que alabar en él la religion, ni resonaria su nombre con tanto honor en nuestros templos; pero no habiendo obrado sino por Jesucristo y para Jesucristo, no habiendo procurado ni habiéndose propuesto otros fines que al mismo Jesucristo ¿qué le falta para que le consideremos como á un celoso apóstol?

¿Y bajo qué punto de vista mas útil puedo yo proponérosle, y qué mas conveniente que excitaros á que en vuestros destinos y ejercicios sean los que fueren, le imiteis en ordenar todas vuestras obras á honra y gloria de Jesucristo? ¿Qué mas necesitaríamos todos para ser justos y santos?

Falta que yo acierte á desempeñar el asunto que me he propuesto: pero tanto como desconfío de mí, espero de la gracia y los auxilios del Señor que pediremos por la intercesion de su santísima Madre. *Ave Maria.*

*Habeo igitur gloriam...*

Lo he dicho y lo repito, hermanos míos, porque así nos los enseña nuestra religion, que las obras mas grandes y extraordinarias, las empresas mas ruidosas nada son y de nada valen en órden á la vida eterna, si no se dirigen á la gloria de Dios,

si en ellas nos proponemos otro objeto que el servir y agradar á Jesucristo. No hagamos caudal, segun esto, del illustre nacimiento y distinguida nobleza de san Ignacio, de los bienes de fortuna de su casa, de su bella disposicion y excelentes dones naturales, de su gracia con el Rey católico, de su intrepidez y valor en las armas. ¿ De qué sirvieron los primeros treinta años de su vida sino para recordarlos despues al Señor en medio de la amargura de su alma? En su gentileza, en su favor, en su intrepidez y arrojo militar, en su fortuna y ambicion de gloria humana ¿ qué tendria que reconocer por suyo ni alabar la religion, ni qué nos quedaria de su memoria? El mundo mismo á quien se consagraba ¿ no hubiera olvidado ya despues de tres siglos sus hazañas y su nombre, y no se hubiera sepultado todo con él, como sucede con las glorias de los héroes que le precedieron y de los que han venido mucho despues?

En la defensa de Pamplona fué herido en una pierna, y trasladado á su casa, estuvo muy prójimo á morir. Quería el Señor traer para sí á esta grande alma y hacerse de Ignacio un vaso de eleccion, que llevase su nombre por todas las naciones, y en sus adorables consejos dispuso derribarle en medio de su carrera como á Saulo, cuando mas lleno estaba de ideas de mundo y de ambicion de los honores y distinciones de la tierra. No fué suficiente para despertarle y sacarle de su apego al mundo la enfermedad que sufrió. Quedóse dormido un dia, y apareciéndosele el apóstol san Pedro, le tocó con la mano y le curó: pero ni aun este milagro mudó su corazon. Vos, Señor, seguiais muy de cerca á esta oveja descarriada y os propusisteis fatigarla y rendirla, para que entrase con mas docilidad en las sendas de los pastos saludables y no saliese de ellas jamas. Mirabais la lucha de su corazon, y quisisteis triunfar y no dilatabais el triunfo sino para que fuese mas completo. Obligado á guardar la cama por algunos dias todavía, pidió algunos libros para entretenerse con su lectura. Comenzó á leer por diversion la historia de Jesucristo y de los santos, porque no se halló otra en la casa, ni pudo satisfacer su deseo de leer romances ó algunas historias fabulosas. Continuó leyendo con gusto y se estremejó comparando aquellas vidas con la suya. Conoció muy pronto que solo Dios debe ser el objeto de todos nuestros deseos; que el mundo puede alucinarnos y llenarnos de ilusiones, pero no satisfacernos, ni llenar el vacío inmenso de nuestro corazon que

solo puede llenar el mismo Dios. El Señor le ilustró y fortaleció con sus gracias; y sus pensamientos, sus esperanzas, sus deseos, su corazon fué felizmente trastornado. Todos aquellos grandes proyectos de fortuna, de aventajarse á otros, de orgullo, altivez é independenciam, aquellas locas ideas de una gloria y ambicion falsa y mundana, desaparecieron, y entrando en sí mismo se conoció como era en la presencia de su Dios. Se avergüenza de su vida pasada y no reconoce por grande otra cosa que el agradar á Dios, y para esto se vuelve á él con toda sinceridad y emprende las mas rigurosas penitencias; penitencias severas y que le duran tanto cuanto le dura la vida.

Sin miramiento á los respetos humanos; sin dar oídos á la prudencia terrena que siempre halla medios para acomodarnos con Dios y con el mundo; sin temor á las burlas que pudiera sufrir de los mismos amigos; se resuelve con prontitud á convertirse á su Dios, y ya no oye otra voz, ni otras inspiraciones que las de su Dios. Abandona sus vestidos, se ciñe de un cilicio y una cadena de hierro, se cubre de un saco, se hace despreciable en su persona, sufre sin quejarse los ultrajes de los disolutos, ayuna todos los dias, castiga rigurosamente su cuerpo que habia servido al pecado é inventa medios para afligirle y reducirle á servidumbre; se priva del sueño, se ocupa en la oracion, sirve á los enfermos en los hospitales, mendiga de puerta en puerta su sustento; emprende un viaje á Monserrat á implorar la poderosa proteccion de María santísima. Allí confiesa todos los pecados de su vida, y teme el confesor que quede muerto á sus piés por la fuerza de su dolor y arrepentimiento; y se vió en tanto trabajo para enjugar las lágrimas de su penitente, como solemos vernos con los muchos que llegan á nuestros piés para arrancarlas de sus ojos. Sin mas equipaje que un saco, un báculo y los cilicios que ciñen su cuerpo, descalzo y con la cabeza descubierta se encaminó á Manresa; y fué recibido en el hospital para asistir á los enfermos. Mirábanle con tedio y con desprecio viendo el desaseo con que de intento castigaba su cuerpo, para resarcir lo mucho que le habia complacido. El demonio se valió de este medio para inspirarle disgusto á aquel género de vida, asaltóle el pensamiento de que era una confusion verse entre mendigos y olores pestilentes, y que bien podia salvarse en la corte ó en su antigua ocupacion de las armas. Conoció muy pronto la astucia del enemigo ten-

tador y se dedicó á los oficios mas bajos , á asistir con esmero á los enfermos que le daban mas repugnancia , á sufrir por Dios los desprecios y todas las molestias. Una virtud tan esclarecida no pudo ménos de llamar la atención y atraerse los respetos de todos. Ignacio es reputado en el hospital por un ejemplar de virtud, pero Ignacio teme las alabanzas y los obsequios, y huye á sepultarse en una cueva y llorar solo con su Dios hasta expiar sus faltas con los rigores de la penitencia.

¿Cómo es posible descubrir las austeridades , las mortificaciones , los ayunos de san Ignacio en la cueva de Manresa ? Las tentaciones y combates tambien , que sostuvo contra el espíritu de tinieblas , que nada dejaba de sugerirle para que desistiese de aquel método de vida ; las amarguras y desconsuelos de su alma agitada de tan violentos ataques ? ¿ Aquella oracion continua y fervorosa que era su único recurso y aquellas penitencias y castigos con que despedazaba sus carnes ? El Señor al fin le envió sus consolaciones y recreos. Allí ilustró su entendimiento dándole á conocer los misterios de nuestra religion ; allí se gloriaba el Señor de hablar con su siervo y comunicarle la ciencia de los santos ; allí compuso el admirable libro de sus Ejercicios , en que no parece sino que redujo á un arte la conversion de los pecadores ; ese libro que es imposible leer con reflexion sin moverse á abandonar el vicio y abrazar la virtud ; allí conociéndose á sí mismo se affigia con las mas espantosas penitencias , y cuanto mas conocia á su Dios y era favorecido de su Dios , otro tanto se movia á castigarse mas. Lleno del amor divino , Señor , decia con todo su corazon á su Dios , *yo no pido mas gracia que amaros , ni mas recompensa que amaros mas y mas*. No eran sus propios intereses , no era el deseo de librarse de las penas que habia merecido lo que buscaba ya en sus penitencias ; habia ofendido á Dios , habia dejado de amar á Dios , y no pensaba sino en reparar la injuria que habia hecho á la Majestad divina , en procurar desagrarar á Dios , en promover la honra y gloria de Dios. Sobre esto giran y á esto tienden ya todas las grandes obras de nuestro santo. Aquella fogosidad con que pretendia y anhelaba por su gloria propia , se ha mudado felizmente en un celo por la gloria de su Dios. Por eso nada le parece duro , repugnante ni difícil , con tal de que contribuya á adelantar en el celo de la honra de Dios. Si se oculta de la vista de los hombres , es para ilustrarse

en el conocimiento de su Dios y hacer dueño de su corazon á su Dios. Si se deja ver del mundo , es para que vean todos sus buenas obras y glorifiquen al Padre celestial. Si emprende el largo y penoso viaje de los lugares santos , es para afianzarse en el amor á su Dios , para besar las huellas de Jesucristo , para derramar lágrimas en el pesebre en que quiso nacer , y renacer con él , para sepultarse con Jesucristo en su sepulcro y para morir de amor al pié de su cruz. Si se mezcla con los niños y sufre la confusion de estudiar latinidad á los treinta y tres años en Barcelona ; si continúa sus estudios en Alcalá , en Salamanca y en Paris , es para adquirir la doctrina necesaria para contentar su celo. En todas partes se sentirá su deseo de que todos amen á Dios , en todas partes obrará conversiones ruidosas , inspirará aquel desprecio del mundo , aquel amor á Dios que tan profundamente se ha arraigado en su alma. ¿ Qué importa que se levanten persecuciones contra él ? Los claustros se pueblan por sus consejos , los pecadores se convierten , deja en manos de Dios su defensa , y sus mismos delatores y jueces vienen al fin á reconocer su mérito y su virtud , y la persecucion solo sirve para aumentar sus triunfos y para encender á otros muchos en deseos de imitar su celo por la gloria de Dios.

Llegamos al dia memorable para siempre de la Asuncion de María santísima de 1534 , en que puso los cimientos de la Compañía de Jesus , que tanto provecho y utilidad habia de dar á la iglesia y al mundo entero. En la iglesia del monte de los mártires reúne á seis jóvenes , todos de un mérito singular y dispuestos á seguirle. ¿ Á qué os parece les conduce á aquel lugar y cuáles son las propuestas que les hace ? ¿ Irán á premeditar planes de trastornos , de enriquecerse , de buscar la gloria y los placeres del mundo ? No. Ignacio les ha hablado , ha inspirado en ellos los sentimientos de su alma y el fuego que arde en su corazon ; les ha propuesto su resolucion de dedicarse á procurar por todos los medios la salvacion de las almas , y pedido que le acompañen en tan gloriosa empresa , y van á obligarse con un voto solemne delante de los altares , sobre las cenizas de los mártires , y fortalecidos con el santo sacramento de la comunión á renunciar á todos los bienes y trabajar por cuantos medios les sean posibles en la conversion de los infieles y la salud eterna de las almas.

El celo de estos nuevos obreros se aumenta cada vez mas y

se deja sentir en todas partes. El sumo pontífice á cuyas órdenes se pusieron los recibió con benignidad, les dió su apostólica bendición, y licencia para que pudiesen ordenarse de sacerdotes por cualquier obispo los que no lo eran. ¿Cómo poder ahora referir aquel fervor, devoción y ternura con que despues de cuarenta dias de ejercicios para prepararse celebró san Ignacio la primera misa? ¿Cómo explicar los aumentos que recibió su fervor y su celo, su amor á Dios y su constante deseo de que todos le amasen con la nueva dignidad y el sublime carácter de sacerdote? Nuevos obreros entran con el mismo fervor á aumentar el número de los primeros. El sumo pontífice Paulo III aprueba solemnemente el instituto de la Compañía de Jesus. ¿Qué medio no adopta esta bajo la dirección y con las constituciones que formó su santo fundador, para ganar almas y extender el reino de Jesucristo? ¿Para extender sus conquistas por todo el mundo conocido y desconocido, y hacer que resuene en todos los ángulos del universo la voz que anuncie el Evangelio de Jesucristo?

Por todas partes se extienden y buscan con ansia los pueblos y los príncipes á estos celosos obreros animados del espíritu de san Ignacio, tan temibles para los enemigos de las almas y de la iglesia. La misericordia y beneficencia es un medio muy seguro para atraer las voluntades y ganar á las almas. Ignacio recorre los hospitales con este fin y encarga lo mismo á sus hijos. Sin mas recursos que los de su celo y caridad, establece en Roma una casa de refugio para que se recojan las mujeres de mala vida y se santifiquen; otra para los judíos convertidos. No se oculta á su celo que la educación de la juventud, los primeros documentos que se dan á los niños, las máximas en que se imbuyen en las aulas es lo que forma sus inclinaciones y su alma por decirlo así; y quiere que su compañía se ocupe con preferencia y sin faltar á las tareas del púlpito y confesonario, de la educación de la juventud, en inspirar en los ánimos tiernos las ideas religiosas, y comunicar con las ciencias y las artes el amor á Dios y el cumplimiento de los deberes cristianos.

Demasiado sabemos la interpretación siniestra, las miras de ambición y política terrena con que ha querido graduarse esta saludable medida por los enemigos de la religion y del orden, y el empeño que se ha formado en arrancar de las manos de los discípulos de san Ignacio la educación de la juventud. El tiem-

po y la experiencia hablan á su favor, y dígasenos si no, si entre las turbas de trastornadores y demagogos, entre los que desquician los tronos, llevan al patíbulo á los monarcas y llenan de calamidades á los pueblos, se hallan los que recibieron su educación en las escuelas de los hijos de Ignacio. Dígasenos, si en las cátedras confiadas á su dirección se han oído alguna vez, ó se hallan estampadas en sus escritos esas máximas corruptoras de las costumbres, injuriosas á la misma razón, opuestas á la religion y el orden, que forman á los impíos y que por desgracia se hallan tan extendidas en nuestro siglo. Dígasenos si de sus escuelas y con sus escritos no han formado buenos esposos, buenos ciudadanos, cristianos fervorosos, príncipes justos y sabios, mártires y santos en abundancia, y si donde quiera que la juventud se ha confiado á su enseñanza no han correspondido á su fiel desempeño, se ha conservado la buena moralidad, y nada han tenido los príncipes ni los pueblos de que arrepentirse.

Los españoles descubren un nuevo mundo. Digan los enemigos de nuestras glorias que solo tuvimos la mira de la ambición y de trasportar el oro á nuestro suelo. Ignacio envía á sus hijos, pobres, desprovistos, sin otra mira que la honra de Dios y extender el reino de Jesucristo entre aquellos infelices que vivían en las tinieblas. El Asia, el África, la América, por todas partes se extienden los hijos de Ignacio sin otras pretensiones que las de su patriarca: anunciar á Jesucristo y procurar la salud de las almas. Para evitar toda ocasion de mira temporal, obliga á los suyos y se obliga á sí mismo á no aceptar jamás dignidad alguna eclesiástica ni recibir emolumento ni interes alguno por ocuparse en las funciones de su ministerio.

No acabaría si me detuviese á indicar solamente los medios y modos ingeniosos de que se valió para aumentar la gloria de Dios y procurar la conversión de los pecadores; los trabajos, persecuciones y calumnias que tuvo que sufrir en el siglo de Lutero, Calvino y Enrique VIII de Inglaterra, que tan cruelmente hicieron la guerra á la iglesia: los desvelos que le costó el régimen de su instituto tan concertado para encender al mundo entero en la fe y amor de Dios, que ha sido la admiración y el espanto de los enemigos de la fe, y lo que ha alarmado á todos los impíos y libertinos contra el instituto de la compañía de Jesus.

Básteme decir que en medio de todo vivió pobre, contento con un saco, sin miras ni pretensiones mundanas, sin mas deseos que honrar á Dios y que fuese conocido su nombre, entregado á la mas severa penitencia, á la mas fervorosa contemplacion, hecho todo para todos para ganarlos á todos para Jesucristo, en lo que no puede dementirme la mas atrevida impiedad. Básteme decir que sus palabras, sus ejemplos, su asistencia á los enfermos y encarcelados, su predicacion, todo era edificante, y siempre volvia con célebres despojos del mundo que ofrecer á Dios. Que la vista del cielo, la mirada á un santo Cristo, el hablar de Dios le extasiaba, y que despues de haber obrado siempre y haber encaminado todas sus obras á la mayor gloria de Dios, murió pacíficamente en el Señor, exhortando á sus hijos nada mas que á amar á Dios y á procurar en todo su gloria.

¿Qué hacemos nosotros, hermanos míos, que pueda asemejarnos á este santo que veneramos con tanto gusto? ¿En nuestras conversaciones, en nuestros ejemplos, en nuestras obras, en nuestras costumbres procuramos la honra de Dios y la salvacion de las almas? ¿No somos acaso causa de su ruina por nuestros escándalos? ¿No procuramos nuestros intereses, nuestra gloria mundana, nuestro valimiento y favor con los poderosos de la tierra, y vivimos olvidados de nuestra salvacion y del cuidado de nuestras almas? ¿No vivimos como si hubiéramos de ser eternos en este mundo, en la disipacion, en los placeres, en las diversiones, sin procurar ni pensar en la gloria de Dios y en que sea conocido su nombre? ¿Y nos quejaremos de la inmoralidad y corrupcion de costumbres, de tantos crímenes como cada día se cometen, de la indiferencia y desprecio de la religion y del abatimiento en que se hallan los ministros del santuario? Si esto conocemos, ¿dónde está nuestro celo para oponernos por tantos medios como nos son fáciles, al torrente de libertinaje y de impiedad que todo lo arrastra? ¿Cuánto podríamos contener con un celo y un amor á Dios como el de san Ignacio?

Rogad, santo glorioso, rogad al Señor que avive nuestra fe, que nos inflame en su amor, que entremos en deseos de procurar su gloria. Pedid que derrame sus gracias sobre esta patria que os vió nacer; que no nos abandone en castigo de nuestras culpas; que suscite nuevos Ignacios que reparen las ruinas y

pérdidas causadas á la religion y la Iglesia, nuevos varones apostólicos tan necesarios en nuestros días para la educacion de la juventud, correccion de las costumbres y sostenimiento de la sana doctrina, y con ella del orden, la paz y prosperidad de las naciones.

Valga tambien la sangre de tantos mártires hijos de este gran patriarca para aplacar vuestra ira, Señor, y que nos mireis con piedad, para que haciéndonos vuestros en esta vida, nos reconozcais y os alabemos en la gloria. Amen.